
la práctica educativa

Educación de calidad ¿privilegio de unos cuantos?

Sergio Dávila Espinosa*

Introducción

Con frecuencia, en la publicidad de diversas escuelas encontramos frases como las siguientes: "educación de calidad para el siglo XXI", "excelencia educativa", etcétera. Ante esta situación surgen las preguntas: ¿en qué consiste la calidad educativa? ¿Qué debe ofrecer una escuela para que su educación sea considerada de calidad? ¿Cómo podemos elevar la calidad de la educación en México?

Muchos padres de familia identifican calidad con adelantos tecnológicos, por lo tanto, piensan que una educación de calidad es aquella que prepara a los alumnos en el manejo de computadoras o que ofrece clases vía satélite. El estado y tamaño de las instalaciones, el adelanto de sus centros de información electrónica y su posibilidad de acceder a redes de información como internet, así como el número de computadoras multimedia que la escuela

tenga disponibles para sus alumnos, se convierten en elegantes tarjetas de presentación. El ITESM en todos sus campus, ejemplifica muy bien este tipo de planteles.

Quienes identifican la calidad con la exigencia, buscan para sus hijos escuelas en las que son sometidos a un ambiente de fuerte competencia desde su examen de admisión. Muchas veces, dichas escuelas tienen por política reducir de un año a otro su oferta, de tal manera que en cada curso la escuela da de baja a un determinado número de alumnos. Por ejemplo, algún colegio particular del D.F., tiene 8 grupos de primer grado de secundaria, 7 grupos de segundo y 6 de tercero. Por lo que cada curso escolar salen de la escuela aproximadamente 100 alumnos.

Hay quienes relacionan la calidad educativa con la enseñanza de un segundo idioma, especialmente del inglés. Algunas escuelas se ostentan como bilingües, otras ofrecen mayor número de horas en la enseñanza de dicho idioma que las marcadas por los programas oficiales. Incluso, ciertas guarderías y jardines de niños ofrecen

* Profesor de matemáticas de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

la enseñanza del idioma inglés en todos sus grados.

También hay quienes creen que la calidad educativa tiene que ver con la preparación profesional de los maestros. El prestigio de algunos centros como el ITAM en México, D.F., se debe, en gran medida, a la inclusión en su planta docente de destacados economistas, políticos distinguidos, secretarios de Estado, etcétera.

Ciertas escuelas sustentan su prestigio en lo novedoso de sus métodos didácticos. Muchos padres piensan que las escuelas que ofrecen enseñanza activa y personalizada tendrán mejor calidad. En todo el país proliferan las escuelas Freinet y Montessori.

Para algunos padres de familia, la calidad buscada en la educación tiene que ver con la enseñanza de valores trascendentes. La enseñanza de la religión como parte de una formación que persigue ser integral es la razón de ser de colegios atendidos por congregaciones religiosas como los sacerdotes jesuitas y salesianos; los hermanos lasallistas y maristas; y una gran cantidad de institutos de religiosas.

En fin, no hay una opinión uniforme sobre lo que es la calidad educativa y cómo se alcanza. Identificar la calidad tan sólo con los adelantos tecnológicos pone en seria desventaja a la escuela pública y a la mayoría de las escuelas particulares, pues dichos adelantos necesitan inversiones económicas muy fuertes que, definitivamente, no pueden ser cubiertas con el gasto educativo presupuestado. Si sólo identificamos calidad con exigencia, entonces nuevamente tendríamos que concluir que la educación de calidad no es

para todos. Conclusiones semejantes obtendríamos en los otros casos.

El presente trabajo pretende aportar algunas reflexiones sobre los parámetros que deben tomarse en cuenta para considerar una educación de calidad y cómo ésta puede incrementarse, aun en situaciones de marginación. Se dedicarán algunos comentarios especiales a la situación en el estado de San Luis Potosí.

¿Qué es la calidad de la educación?

Partamos de la idea que tenemos de calidad: un artículo de consumo o un servicio es de calidad cuando sus características y propiedades, inherentes a su objetivo, le permiten compararlo con otros de su especie. Pongamos un ejemplo burdo: si solicito una pizza a domicilio escogeré la compañía que me garantice aquellas variables de calidad que puedan tener importancia para mí, por ejemplo: tiempo de entrega, sabor, temperatura, empaque, costo, etcétera. La evaluación de todas estas características y propiedades me permitirá decidir si el servicio es de calidad o no. Es por esto que las empresas deben buscar instrumentos para controlar las variables de calidad de sus productos.

En el caso de la educación, es necesario ponernos de acuerdo en cuáles son esas variables de calidad inherentes a su objetivo.

Identificar la calidad de la educación con la enseñanza de la computación o el inglés sería tanto como comparar una pizza con otra tomando en cuenta los sobrecitos de

Archivo Histórico de la SEP



salsa o las servilletas que la acompañan. Identificar la calidad de la educación con las instalaciones de las escuelas sería como comparar una pizza con otra por la forma de empaque o el medio en el que se transportan. Todas estas variables son importantes y contribuyen a la calidad de la educación, pero es necesario tocar fondo e ir a las propiedades esenciales.

La calidad en educación es un concepto difícil de definir, aunque también difícil de discordar, por ejemplo, en el *Programa de Desarrollo Educativo 1995-2000* no se define lo que se entiende por calidad educativa, a pesar de ser uno de los tres propósitos fundamentales del mismo.

Quien mejor evalúa la calidad de la educación, sin necesidad de discutir sobre su definición, es la sociedad misma. Así, cuando un niño pequeño saluda al llegar a una casa ajena, cuando pide las cosas *por*

favor, cuando agradece lo que se le otorga o cuando sabe comportarse ante los adultos, surge espontánea la felicitación: “que niño tan *bien educado*”. Conviene entonces detenernos a reflexionar en *para qué* se educa a los niños.

La sociedad quiere que cada integrante de sus nuevas generaciones sea capaz, mediante la educación, de relacionarse consigo mismo, con los demás y también que logre transformar estas relaciones para adecuarlas al mundo que le rodea, diferente en mucho, del entorno en que vivieron las anteriores generaciones.

Por su parte, la escuela tiene la función de colaborar con la misión educadora de los padres, desgraciadamente, muchas veces, la escuela se ha desviado de su objetivo original: de ser constructora de hombres se ha convertido en lugar de adiestramiento para memorizar información que, en muchos casos, es verdaderamente inútil. Es por esto que otro de los propósitos fundamentales del *Programa de Desarrollo Educativo* (1995, 13) es la pertinencia de la educación:

No puede estar desvinculada (la educación) de las necesidades e intereses del educando, sino que ha de ser pertinente a sus condiciones y aspiraciones, y servir al mantenimiento y superación de las comunidades y de la sociedad en general.

Indicadores de la calidad

Para evaluar la calidad de la educación recibida en la escuela debemos tomar en cuenta varios indicadores. El primero tie-

ne que ver con la relación que hay entre los alumnos que ingresan y los que egresan de una institución, un nivel o del sistema educativo. La comparación entre estas dos cifras es llamada *tasa de eficiencia terminal oportuna*. En este rubro conocemos cifras dolorosas:¹ sólo el 46.9% de los alumnos que iniciaron la primaria en San Luis Potosí la terminaron 6 años después. Algunos opinan que este dato no refleja del todo la realidad ya que muchos de los alumnos sí terminan la primaria, aunque no sea en 6 años. Considerada así, la eficiencia terminal de la primaria en San Luis Potosí aumenta a 66.1%. Sin embargo, en un proceso que busca la calidad, el “producto” debe entregarse en el tiempo estipulado para ello. El mismo programa afirma que “la eficiencia y la calidad constituyen dos aspectos de una misma realidad”. Que un alumno termine su primaria en ocho años, es como entregar una pizza a domicilio en 2 horas.

El segundo indicador de la calidad educativa consiste en determinar si los alumnos están aprendiendo realmente lo que se les enseña, si los *aprendizajes son significativos o pertinentes*. Existe una desmedida confianza entre autoridades y maestros, quienes suponen que porque algo se enseña a los alumnos, éstos lo aprenden y lo aplican en su vida. Que porque en los programas se incluyen, por ejemplo, temas sobre el cuidado de la salud, los alumnos modificarán sus prácticas y hábitos. Los exámenes de admisión a los diversos gra-

dos escolares, donde se cuestiona sobre si se lograron o no los objetivos cognoscitivos del nivel anterior, nos muestran que es común el que los alumnos no sepan aquello que se les enseñó. En la mayoría de las universidades públicas o privadas, la calificación promedio del examen de admisión es reprobatoria, mostrándonos así que una proporción elevada no tiene una adecuada preparación para realizar sus estudios profesionales (SEP 1995).

Hay un problema aún más grave: la educación no sólo tiene objetivos cognoscitivos, la sociedad le ha asignado propósitos mucho más ambiciosos. El artículo 3º constitucional no menciona que los niños mexicanos deban saber multiplicar o descomponer en sus partes un enunciado, en cambio, sí habla de que sean solidarios, abiertos al progreso científico, poseedores de un espíritu democrático, nacionalistas, respetuosos de los derechos de todos los hombres, evitando privilegios de raza, religión, etcétera. Sin embargo, aunque estos son los objetivos principales de la educación en México, rara vez se evalúa a una escuela desde el logro de los mismos.

Un tercer indicador de calidad será el *impacto* que tiene la educación recibida sobre la vida del estudiante y sobre la sociedad en general. ¿De qué sirve que un estudiante obtenga título digamos de médico, y que tenga todos los conocimientos, habilidades y actitudes necesarias para ejercer su profesión si se dedica a vender enciclopedias o está desempleado? ¿De qué sirve la educación si no tiene un impacto económico, político y sociocultural? Hablaremos de calidad en nuestra educación cuando ésta se refleje en menor de-

¹ Programa Estatal de Desarrollo Educativo de Mediano Plazo. Gobierno del Estado de San Luis Potosí, 1996.

pendencia tecnológica del extranjero, en mayor participación electoral, en mayor autocuidado de la salud, en mayor consumo de libros, etcétera.

Participación social y calidad de la educación

La raíz del problema está, desde mi punto de vista en que la sociedad no ha querido asumir su papel en el compromiso educativo. Los maestros cuando platicamos con los padres de familia en alguna entrevista aislada, nos enfrentamos a la inevitable sentencia: "ahí se lo encargo". Lo terrible es que los padres realmente *en-cargan* la educación de sus hijos a la escuela, cuando ésta no es más que un instrumento de colaboración en el proceso educativo que,

como nos advierten los especialistas, trasciende al espacio de la escuela y al tiempo que los alumnos pasan en ésta (Illich 1973). Otras instancias como lo son el grupo de iguales, los medios de comunicación, las instituciones culturales y religiosas, ejercen una notable influencia sobre la educación de las nuevas generaciones (Aznar 1995). Es en la familia que el niño tiene sus primeros referentes con el mundo, lo cual convierte a los padres en los principales responsables de la educación de sus hijos. Pero si ellos *en-cargan* esta misión a la escuela desentendiéndose totalmente de ella ¿dónde queda esa responsabilidad? Algunas cifras del CONALTE son significativas, el 86% de los padres de familia mexicanos no saben el nombre de los maestros de sus hijos, el 64% no saben en qué año escolar están sus hijos y el 40% de los padres no saben el nombre de la escuela en que están sus hijos (Benavides 1993).

La sociedad deberá tomar su compromiso con la educación para que la familia sea el sustento de una verdadera participación en el proceso educativo. La participación debe darse a varios niveles. En primer lugar, en el papel que como tutores tienen los padres de familia para que a través del asesoramiento de los maestros puedan prestar soporte y complemento a las tareas escolares de sus hijos. Los padres deberán buscar la significación de los aprendizajes recibidos en la escuela, pero esto no se logrará si se siguen limitando a firmar boletas de calificaciones, a exigir a los hijos que hagan su tarea y saquen buenas calificaciones. Es necesaria una intensa interacción entre los padres y los maestros,



Archivo Histórico de la SEP



ya que el esfuerzo de ambos incrementará la efectividad de los programas educativos. Las escuelas deben promover encuentros con los padres de familia, quizá aprovechando las juntas de inicio de curso, que son las únicas a las que asisten la mayoría de los padres, o mejor sería decir, de las madres de los alumnos. Dichos encuentros deberán ser reencuentros con la educación y con la misión de los centros educativos. La creatividad de los maestros dará por fruto diversos instrumentos para alentar la participación de los padres.

En segundo lugar, estará la participación voluntaria de algunos padres en programas específicos de cada escuela como excursiones, visitas de estudio, realización de proyectos, etcétera. Los niños deberán acostumbrarse a la presencia cotidiana de padres de familia en la escuela. Este tipo

de participación es la que mejor observamos de hecho en nuestras escuelas, siempre hay algunos padres de familia dispuestos a colaborar cuando les solicitamos alguna ayuda. Ahora se trata de que esta presencia no sea esporádica para resolver algún problema o sacar de algún compromiso a la escuela. Si desde el proyecto escolar se asignan espacios y actividades a dicha participación estaremos ante una veta inagotable de experiencias didácticas significativas.

Por último, está la participación social a nivel de política educativa. La Ley General de Educación y el Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica y Normal contemplan la conformación de consejos escolares, municipales, estatales y de un consejo nacional de participación social en la educación, en los

que está representada la sociedad.² Aquí es donde es urgente que aquellos padres de familia con mayor interés, conocimientos y posibilidades, le tomen la palabra al gobierno y participen con interés y generosidad. Es necesario que la sociedad exija, a través de dichos consejos, la elaboración de verdaderos proyectos prospectivos para la educación municipal de tal forma que éstos no dependan del interés que pueda tener en ellos el presidente municipal o de manipulación política (Lanier 1995). Verdaderos proyectos prospectivos que impacten a los alumnos y a la sociedad. De nada nos sirve pensar sólo hacia adentro de la escuela: hacer campañas de limpieza o cuidar las relaciones de los alumnos dentro de sus muros, si descuidamos lo que sucede fuera de la misma. Pensemos en el caso del director que les dice a sus alumnos: "dentro de mi escuela no quiero pleitos, si se quieren golpear, háganlo a la salida y a no menos de dos cuadras..."

Comentario final

Para elevar la calidad de la educación es necesario romper con el paradigma que de ella tenemos. No se trata sólo de mejorar las instalaciones de las escuelas y equiparlas con material didáctico y tecnología de vanguardia. No se trata sólo de fortalecer el mejoramiento profesional y laboral de los maestros como se menciona en el Programa Estatal de Desarrollo Educativo de San Luis Potosí. No se trata de

hacer las cosas mejor, se trata de hacerlas de otra manera.

La calidad educativa no es privilegio de unos cuantos. La historia de la educación en nuestro país nos ofrece testimonios de escuelas de alta calidad que funcionaron con escasos recursos y con amplia participación, podemos mencionar como ejemplo el caso de la escuela rural mexicana. El país no mejoraría en forma automática si todos los alumnos tuvieran clases de inglés y acceso a una computadora. Necesitamos entender que la calidad educativa puede mejorarse más con la participación social que con recursos. La apatía generalizada de la sociedad implica tanto el fracaso del sistema escolar como la marginación de dicho sistema respecto a la vida social. 

Bibliografía

- Aznar, Pilar (1995). "Foro escuela, familia y sociedad". *Revista Mexicana de Pedagogía*.
- Benavides, Luis (1993). *La participación social*. Conferencia dictada en el IV Encuentro Nacional de ALMA, Morelia, Mich.
- Fuentes, Vicente y Morales J. Alberto (1969). *Los grandes educadores mexicanos del siglo XXI*. México: Altiplano.
- Illich, Iván et al. (1973). *Crisis en la didáctica*. Argentina: Axix.
- Lanier, Carlos (1995). "Instrumentos de participación social". *Revista Educador Marista*, No. 32. México.
- Secretaría de Educación Pública (1995). *Programa de Desarrollo Educativo 1995-2000*. México.

² Ley General de Educación, Capítulo VII.